

# EL BALLEAR

## DIARIO POLITICO.

Redaccion y Administracion: San Pedro Nolasco 7, entresuelo.—Precio mensual: 1'25 pesetas en toda España.

Año I.

Palma Mártes 14 de Noviembre de 1882.

Núm. 256

### VAPORES-CORREOS.

Salidas.—Domingo 8 m. Ibiza y Alicante.—Lunes 4 t. Mahon.—Mártes 4 t. Barcelona.—Miércoles 2'45 t. Mahon por Alcudia.—Jueves 4 t. Valencia.—Sábado 2 t. Barcelona por Alcudia.  
Entradas.—Lunes 7 m. Valencia.—8 m. Mahon por Alcudia.—Miércoles 3 t. Ibiza y Alicante.—Jueves 7 m. Mahon, 10 1/2 Barcelona por Alcudia.—Sábado 7 mañana Barcelona.

### FERRO-CARRILES.

Servicio de trenes.—De Palma á Manacor 3'15 (m.) 8'10 m. y 2'45 t.—De Palma á la Puebla 3'14 (m.) 8'10 m. 2'45 y 4'15 (m.), t.—De Manacor á Palma y La Puebla 3'15 (m.), 8 m. y 5'5 t.—De La Puebla á Palma 4 (m.), 8'25 m. y 5'30 t.—De La Puebla á Manacor 4 (m.), 8'25 m. y 3'15 t.—Tren periódico los días de mercado en Inca.—De Inca á Palma 2 t.

### APERTURA

DE LAS CÁTEDRAS DEL ATENEO.

Discurso del Sr. Cánovas.

(CONTINUACION.)

De todo esto se deduce cierta ley de diferenciación, en virtud de la cual, lo primitivamente simple y uno de la naturaleza va lenta y sucesivamente descubriendo despues de lo múltiple, lo compuesto, lo heterogéneo, hasta que, terminado el proceso analítico, la necesidad definitiva de la síntesis se impone á la razón, y emprende éste el árduo empeño de reconstituir, armonizar y unificar, convirtiendo á la larga en racional ó espiritual lo que al principio era solo natural ó instintivo.

Despues de esta discusión léxica de nación ó nacionalidad de raza ó pueblo, desentraña el orador el concepto de patria, demostrando que no es distinto en su esencia de lo que fué la ciudad grecoromana, las *civitas* ó patria antigua; viene á ser así la patria, «conciencia que cada nación pone de sí misma, y que en vano buscaríamos en las aglomeraciones inconscientes de hombres á quienes tan solo el instinto ó necesidades materiales y reciprocas mantienen juntos por mas que formen ciudades y hasta grandes naciones. La corta jurisdicción territorial de los pequeños Estados, no da motivo para que se les niegue valor nacional, aserto que comprueba con citas y recuerdos tomados de la historia, fijándose particularmente en Roma, que no daba participación en los derechos políticos de sus propios ciudadanos á los hombres de otro linaje, aunque justamente con ellos constituyeron estado.

Compara las antiguas ciudades autónomas, en que se manifestaba la diferenciación que dentro de una propia raza producen naciones distintas, con los primitivos imperios asiáticos, constituidos al parecer por una raza única.

Habla del espíritu municipal de los siglos medios, de la formación del imperio romano, de la influencia cristiana y de la invasión de los bárbaros, merced á la cual volvieron á salir á la escena las naciones-razas, sobreponiéndose el elemento étnico ó de origen al histórico, como si la humanidad comenzase á dar de nuevo sus primeros pasos en el camino de la civilización, para demostrar que desde los primeros tiempos las naciones han ido alejándose por el contrario, y cada día mas y mas, de su primitiva unidad de origen, ora formándose, ora deshaciéndose, por amalgamas ó desgarramientos fortuitos, y las mas veces involuntarios, hasta el presente siglo, en que de nuevo se inclinan á recobrar su estado antiguo.

Viniendo á la época moderna y ocupándose del cosmopolitismo, hijo de tan nobles padres como la monarquía universal romana y el espíritu cristiano, pone de relieve las infructuosas tentativas y candidas aspiraciones de los que quisieron sobreponer la humanidad á la nación ó la patria, pues solo un loco ó un malvado antepondría el prójimo en general al íntimo prójimo, á quien se llama hijo ó padre.

Hace ya mucho tiempo—dice—que el famoso abate Sampier imaginó la paz perpetua, y la idea no ha producido aun sino lugares comunes retóricas en Congresos mas ruidosos que formales.

Nunca han luchado mas y mas tremendamente las naciones que desde que se dió tamaño bien por adquirido. Y no lo dudeis, señores, aunque con razón nos contriste esta verdad á todos: el mundo está preñado de futuras, inauditas guerras, al lado de las cuales, según se puede juzgar ya por las últimas, fueron no mas que ensayos las de la au-

tigüedad, las de la Edad Media, y las de los tres siglos que nos preceden. Ellas han de dar testimonio plenísimo de que continuará habiendo, por larguísimo tiempo, de que no dejará de haber hasta un período, que solo el pensamiento filosófico alcanza, tal y como hoy las hay, naciones.

La quinta y sexta parte de su discurso, las mas interesantes sin duda, las consagra el orador á rebatir la doctrina de Renaud, que funda el concepto de la patria y la existencia de las nacionalidades, en el asentimiento unánime de los individuos que la componen, y á examinar los principios económicos del libre-cambio y de la protección en cuanto influyen en la conservación y la vida de las naciones, consideradas como vastas sociedades agrícolas, mercantiles y hasta cooperativas, demostrando los inconvenientes de la competencia cuando los pueblos no se hallan en idénticas condiciones de riqueza y prosperidad.

Concluye examinando el esta lo político y social de nuestra patria, y aconsejando que lejos de soñar en conquistas imposibles y en empresas superiores á nuestras fuerzas y recursos, procuremos reconstituirmos y fortalecernos interiormente por medio del trabajo y el fomento de nuestros intereses materiales, único medio de recobrar la consideración perdida en los países estranos, y en el concierto de las naciones europeas.

El orador fué varias veces interrumpido por los aplausos de la concurrencia. Tuvo párrafos elocuentísimos, llenos de vigorosa entonación y de sentimiento patriótico, y frases tan felices que á duras penas renunciábamos al placer de consignarlas.

Con estos antecedentes podrán nuestros lectores contestarse la segunda de las preguntas que formulamos al empezar esta reseña.

En la quinta parte de su discurso afirma el señor Cánovas que dentro de una misma raza con antigua historia común pueden determinarse, no tan solo distintos estados, sino diferentes naciones; pero estima exagerado que la formación de estas dentro de una misma raza y aun de una propia nacionalidad, sea fenómeno semejante al de la variedad en las especies por lo que hace al reino vegetal y al reino animal.

La humanidad, dice, camina hácia las grandes agrupaciones étnicas y geográficas, pero mientras esa unión no se funde en la conciencia de un alma común, mejor es no pensar siquiera en ello, dejando al tiempo que lenta y solitariamente realice, si posible fuere, la unificación de los sentimientos y de las ideas, y poco á poco enfrie ó entibie las oposiciones, aquellas, sobre todo, que nacen de las contrarias glorias militares, las cuales tienen especial virtud para mantener la separación, y por mucho tiempo el odio, hasta entre pueblos y hombres, que no por eso dejan de ser compatriotas á las veces, ó son, á su pesar, malos hermanos, pero hermanos.

Rechaza la opinión de que las pequeñas naciones sean preferibles á las grandes. Para probarlo recuerda que la muerte de las de la antigua Grecia y la Edad Media italiana, fué debida más á su anarquía interior y al despotismo de sus tiranos, que á la ambición de los grandes estados; y sostiene que las fronteras naturales que cierran y determinan el medium geográfico, son prenda siempre de estabilidad y seguridad para las naciones.

Hace enseguida la crítica de un artículo de Renan, que dá como indicio seguro de la realidad de una nación el asentimiento unánime de los individuos que la componen, al hecho de su asociación ó existencia colectiva.

La nación—dice—no es, ni será nunca cual se procura, no sin error tambien, que lo sean las formas políticas, ó sistemas de gobierno, mucho más accidentales de todos modos; el producto de un plebiscito diario, ni obra del sentimiento, constantemente ratificado por todos sus miembros, á que continúe la vida común. No: el vínculo de nacionalidad que sujeta y conserva las naciones es por su naturaleza indisoluble.

El mayor número puede faltar sobre las meras cuestiones de intereses, pero no destruir lo que es de derecho divino entre los hombres ni los simples derechos naturales, ó individuales ni la familia.

No, las naciones no son objeto de meros contratos ó pactos, que libremente y á cada hora pueda deshacer la voluntad de las partes. Las naciones son obra de Dios, ó si algunos ó muchos de vosotros lo proferis, de la naturaleza, y es raro que se dé tanta fé ahora al libre albedrío colectivo cuando nunca ha sido ménos cumplidamente reconocido el individual que en los tiempos actuales.

No hay voluntad individual ni colectiva que tenga derecho á aniquilar la naturaleza, ni á privar por tanto de vida á la nacionalidad propia, que es la más alta, y aun más necesaria, despues de todo, de las permanentes asociaciones humanas.

Nunca hay derecho, no, ni en los muchos ni en los pocos, ni en los más ni en los ménos, contra la patria.

Al llegar á este punto, déjase el orador arrebatado del entusiasmo que produce en su espíritu este noble sentimiento, más vivo y poderoso que el del amor y exclama:

«Por la patria y no más va voluntariamente el hombre, sin faltar á Dios, tanto como á recibir á dar la muerte, que heroísmos gloriosos hay que no son sino verdaderos suicidios, y aun el homicidio, de ordinario, bárbaro, repugnante y criminal, con justicia merece altos premios, cuando, desplegados al viento los patrios colores, se afronta en el campo al poder extranjero.»

Pasa luego el orador á examinar el aspecto económico de la cuestión, é indica que la Economía política, al dar absoluto valor práctico al libre-cambio, olvida un dato fundamental, y es que las naciones tienen, como los individuos, derecho á la vida y al trabajo, y la competencia industrial y mercantil, no es estímulo que avive el propio valor, sino segura ruina cuando se establece entre naciones que no se hallan á un nivel en producción y riqueza y en toda clase de recursos.

La instrucción, la prudencia, la laboriosidad, la economía, determinan esas ventajas reales é insuperables y esas diferencias que hacen imposible ó peligrosa la lucha.

Y cuenta que para las naciones no hay esa esperanza en la vida futura que constituye el estímulo y la recompensa de los individuos que se sacrifican en aras del deber. Por todo lo cual piensa el orador que lo primero que las naciones tienen que hacer, es vivir pobres ó ricos, con magnificencias ó con privaciones, modestas ó orgullosas, según los casos, pero vivir á toda costa, ley de vida é instinto de conservación que se sobrepone en la realidad á ese cosmopolitismo mercantil, que es el ideal de los defensores del libre cambio.

Pero si es verdad que los hombres reunidos en nación forman una vastísima sociedad agrícola, industrial y cooperativa, que es, por tanto, una quimera pensar que las familias y naciones desaparezcan en otros organismos humanitarios, hay que reconocer que esa aspiración nobilísima del espíritu señala uno de los últimos eslabones de la inmensa escala del progreso humano.

(Se concluirá.)

LOS AMIGOS DEL SR. MORET.—ACTIVIDAD DEL SR. NAVARRO Y RODRIGO.—DISOLUCION DE CORTES.—EL DIRECTORIO DE LA IZQUIERDA.

Nos valemos de este epigrafe para que más fácilmente se abarque el sentido de estas líneas.

Sobre los amigos del Sr. Moret, dicen ahora unos periódicos, que no pasará nada de lo que se viene diciendo, y otros creen que al llegar el Sr. Moret, será emplazado á una reunion, en que sus amigos, y especialmente el señor marqués de Sardoal, le darán cuenta de sus impresiones.

Lo que fuere, sonará.

De la actitud del Sr. Navarro y Rodrigo, *El Liberal* acoge una version que le lleva á la izquierda, y *El Progreso* otra que lo inclina á la derecha; todo sacado de la presencia, ayer en el Congreso, del señor Navarro y Rodrigo, donde por cierto, habló de cosas generales y extrañas á la política.

Sobre esta actitud, nosotros insistimos en lo que tenemos dicho por nuestra cuenta.

Por si viniera la disolución de Cortes, ya los conservadores, según *El Liberal*, se ocupan de esta contingencia, atribuyendo el mismo periódico al Sr. Cánovas si la disolución la decretara el Sr. Sagasta, la resolución de aconsejar á sus amigos el retraimiento.

No creemos la noticia, primero por su gravedad, y despues porque el Sr. Cánovas sabe que nadie se ocupa de la disolución de Cortes.

Y ahora viene lo más peregrino y de novedad.

Como *El Progreso* hubiera dicho que el directorio, cuando se nombre, no se sabe aún si se nombrará, buscará la categoría de los exministros ú otros servicios, *La Propaganda Liberal*, órgano del general Beranger, nos sorprende hoy con esta noticia:

«Segun nuestros informes, que tenemos por exactos, el directorio lo formarán exclusivamente los ex-ministros entrando por excepcion el distinguido general Lopez Dominguez en consideración á los muchos servicios que ha prestado á la política liberal, al gran prestigio de que goza en el Parlamento y en el ejército y á sus dotes especiales de actividad, inteligencia y espíritu público. El señor Lopez Dominguez desempeñará en el directorio el cargo de secretario.»

¿Y qué dice á esto nuestro colega *El Norte*?

D. ESTANISLAO FIGUERAS.

La enfermedad que aquejaba estos días al distinguido hombre público que encabeza esta necrología, ha tenido á las tres de esta mañana un fatal desenlace.

Los datos que hemos podido adquirir acerca de su vida, no presentan realmente importancia desde el 13 de Noviembre de 1819, fecha de su nacimiento en Barcelona, hasta el año 1837, que entró ya en el partido progresista, el más avanzado que se conocía en España. Hasta esta época, solamente los centros de enseñanza de Valls, Barcelona, Cervera y Tarragona, pueden darnos testimonios de su aprovechamiento.

Figueras terminó la carrera de abogado, en la que tanto se ha distinguido, el año 1841, si bien no se revalidó hasta 1844.

Cuando en 1840 comenzó á organizarse en Madrid el partido democrático bajo la dirección de don Abdon Terrados, se alió ya Figueras á este partido; pero habiéndose opuesto decididamente á auxiliar los movimientos de 1842, y sobre todo el de 1843, contra Espartero, y en





